

José A. Tapia y Rolando Astarita

La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI

TEORÍAS ECONÓMICAS, EXPLICACIONES DE LA CRISIS Y PERSPECTIVAS
DE LA ECONOMÍA MUNDIAL



COLECCIÓN ECONOMÍA CRÍTICA Y ECOLOGISMO SOCIAL

CONSEJO ASESOR
SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA
CARLOS BERZOSA
ÓSCAR CARPINTERO
CRISTINA CARRASCO
ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS
JORGE RIECHMANN

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© JOSÉ A. TAPIA Y ROLANDO ASTARITA, 2011

© CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL)
DUQUE DE SESTO, 40
28009 MADRID
TEL. 91 576 32 99
FAX. 91 577 47 26

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2011
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

LA GRAN RECESIÓN Y EL CAPITALISMO DEL SIGLO XXI.
TEORÍAS ECONÓMICAS, EXPLICACIONES DE LA CRISIS
Y PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

ISBN: 978-84-8319-611-3
DEPÓSITO LEGAL: M-26.824-2011

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

La crisis financiera mundial que comenzó a finales del 2007, que se convirtió en el 2008 y el 2009 en una recesión fortísima en la economía real de muchas partes del mundo y que fue bautizada *la Gran Recesión* por un economista famoso, aún está lejos de haberse resuelto. La recesión en EE UU técnicamente se habría acabado en la segunda mitad del 2009 y, según estimaciones del FMI de marzo del 2011, la economía mundial en el 2010 creció un 5%. Pero en muchos países la tasa de crecimiento en el 2010 fue muy pequeña, en la zona del euro fue solo 1,8% y en España negativa (-0,2%). En Norteamérica y Europa las tasas de desempleo son muy elevadas, indicativas de una actividad económica deprimida, y hay enormes “agujeros” en los sistemas bancarios de muchos países. Todo ello podría fácilmente desembocar en otra recesión de dimensión mundial como la de 2007-2009. En el 2008 las enormes deudas en los bancos y en el sector financiero en general y en empresas industriales “se resolvieron” mediante transferencias masivas de fondos estatales a las cuentas de activos de los bancos y otras empresas financieras o industriales. De hecho, la intervención del Estado en EE UU fue clave para evitar el hundimiento de megabancos como Citibank y grandes empresas industriales como General Motors. En muchos países europeos los gobiernos tuvieron que

respaldar a sus bancos para que el sistema financiero no se desmoronara. Pero poco después llegó la crisis griega y, de hecho, la más reciente crisis de Irlanda ha sido una reedición de lo que ocurrió de forma generalizada en el 2008.

La Gran Recesión de 2007-2009 no es un fenómeno aislado o con peculiaridades que la hagan claramente distinta de otras crisis económicas ocurridas durante los dos siglos anteriores. Eso no significa que no tenga sus especificidades, obviamente las tiene. Es la primera crisis de un sistema económico que ya abarca prácticamente a todos los países del mundo (con excepciones marginales), hoy integrados en un mercado capitalista mundial en el que se mueven más o menos libremente las mercancías y, sobre todo, los capitales, las masas de dinero en busca de ganancia.

La ciencia es conocimiento sistematizado, colectivo, y cuando ese conocimiento se extiende de los científicos a la sociedad se convierte en cultura y civilización. Mientras que los seres humanos hemos avanzado enormemente en siglos recientes en el conocimiento de la naturaleza física, química y biológica que nos rodea, nuestro conocimiento de las leyes que operan en las sociedades humanas, siempre cambiantes y no susceptibles de experimentos, es todavía muy deficiente. Todo parece indicar que las ciencias sociales están en un grado de desarrollo muy inferior al de las ciencias naturales. El desarrollo y consolidación a finales del siglo XIX de lo que en inglés se denomina *economics* (concepto que suele traducirse a nuestro idioma como *ciencias económicas*, como si hubiera varias) fue un elemento clave en el desarrollo de las ciencias sociales. La tradición económica ortodoxa tomó de Adam Smith la idea de la mano invisible que armoniza las acciones de los agentes económicos y las dirige hacia el bien común; de David Ricardo, la tesis de la conveniencia del libre comercio por la ventaja comparativa de las naciones; de Thomas Robert Malthus, el carácter contra-productivo de las acciones sociales para mejorar la sociedad; y de Jean Baptiste Say, el principio según el cual la oferta agregada genera su propia demanda agregada, es decir, que no puede haber exceso de producción. Se fue conformando así una "ciencia económica" que negaba muchos aspectos evidentes de la moderna sociedad industrial y que fue llevada a un nuevo estadio de elaboración a

finales del siglo XIX por Walras, Jevons, Marshall y demás autores de la llamada escuela marginalista. En el siglo XX esa ortodoxia económica se convirtió de la mano de Paul Samuelson y otros en “ciencia dura”, en la que la matemática a menudo esconde un enorme vacío conceptual. Partiendo de supuestos que tienen poco o nada que ver con la realidad económica y social se llega a conclusiones absurdas —como que, en realidad, no hay desempleo involuntario, quienes dicen estar desempleados es porque no quieren trabajar— o claramente tendenciosas —como que el salario representa la aportación del empleado a lo que se produce, de tal forma que los salarios más altos corresponden a quienes “contribuyen más” a la producción—. De todas formas, la peor conclusión a la que llegan los economistas ortodoxos partiendo de supuestos falaces es que la economía actual tiende a ser estable y a crecer generando bienestar y riqueza para todos mientras no haya interferencias exógenas, “mientras no se la toque”. Una conclusión que es claramente cuestionada no solo por las crisis económicas que ocurren una y otra vez sembrando miseria y desempleo a diestra y siniestra, sino también por el malestar social cada vez más frecuente en nuestra sociedad desigual e insolidaria y por la necesidad, cada vez más evidente, de que el Estado apunte ese sistema económico para que no se desmorone por sí solo.

La ortodoxia económica siempre tuvo detractores y críticos, entre los que en el siglo XIX destacaron Simonde de Sismondi, Friedrich Engels, Karl Marx y Henry George. Pero las ideas económicas de Simonde de Sismondi y de Henry George pronto fueron olvidadas, mientras que las de Engels y Marx se presentaron vinculadas a su crítica social. Y de la misma manera que Marx y Engels tacharon de falsas y tendenciosas muchas de las ideas de los economistas clásicos, sus ideas económicas “comunistas” fueron presentadas como un sistema conceptual incoherente, panfletario y fundamentalmente falso por los economistas ortodoxos de su tiempo. Así nació una “ciencia económica socialista” cultivada casi exclusivamente por autores de izquierda como, por ejemplo, la polaco-alemana Rosa Luxemburg, el austriaco Rudolf Hilferding y los rusos Isaac Illich Rubin, Nikolái Bujarin y Evgeny Preobrazensky. Estos cinco intelectuales, todos vinculados a los partidos de izquierda de su época, son

significativos por ilustrar lo difícil que es desarrollar una teoría económica —que ha de ser a la vez social— desde un punto de vista socialista sin salir a la vez *quemado por el sol* en el empeño. Rosa Luxemburg, Rudolf Hilferding, Isaac Illich Rubin, Nikolái Bujarin y Evgeny Preobrazensky murieron todos ellos de muerte violenta. Mientras la primera fue asesinada poco después del fin de la primera guerra mundial por militaristas alemanes que actuaban con la anuencia del gobierno alemán de aquel entonces—en el que, por cierto, se sentaban los antiguos compañeros de Rosa Luxemburg en la socialdemocracia alemana—, los rusos Rubin, Bujarin y Preobrazenski cayeron en las purgas estalinistas. En cuanto a Hilferding, que había sido el principal teórico de la socialdemocracia alemana en temas económicos y acabó ocupando el puesto de ministro de finanzas en la República de Weimar, murió en circunstancias aún confusas en 1941, cuando estaba detenido por la Gestapo, tras caer en poder de los nazis en Francia, donde se había exilado huyendo de Hitler.

Hasta la década de 1930, cuando la economía mundial se desplomó en la Gran Depresión, la ortodoxia económica se había desarrollado de forma más o menos gradual, como si dijéramos por acumulación de ideas, de datos y de modelos para analizarlos. La economía académica en general había ignorado a sus críticos y, por ejemplo, nunca había lidiado seriamente con las ideas económicas de Marx, que, salvo excepciones, fueron ignoradas por los economistas ortodoxos. Pero en la década en la que brilló la estrella de Roosevelt, Mussolini y Hitler surgieron en la ortodoxia económica misma dos autores que cuestionaron gran parte de las ideas hasta entonces vigentes: uno, polaco, Michal Kalecki (pronunciado “calesqui”); otro, inglés, John Maynard Keynes (pronunciado “keins”). Ambos propusieron ideas muy similares, aunque muchos hoy consideran que Kalecki no solo las presentó antes, sino de forma más y mejor elaborada. Pero mientras que Kalecki era polaco, ingeniero de formación y conocido solo de sus familiares, lord Keynes era, además de aristócrata y millonario, un economista ya famoso —ya lo había sido su padre— y ciudadano de un país que, además de ser una potencia mundial, era parte de un área lingüística, la del inglés, que se estaba convirtiendo en idioma hegemónico y

lingua franca mundial. La consecuencia es que la teoría económica cuyas ideas clave fueron propuestas hacia mediados de los años treinta por Kalecki y luego por Keynes recibió el nombre de keynesianismo.

Inicialmente el keynesianismo supuso una ruptura parcial con la tradición económica anterior. En la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, libro de Keynes que se convirtió en biblia de la nueva escuela económica —y de la economía académica en general— se rechazaban como falsos muchos conceptos que los economistas hasta entonces habían considerado verdades intocables. Frente a la idea clave de la economía de Walras, Jevons y Marshall según la cual el sistema económico basado en el mercado y el interés privado conduce a la estabilidad y al progreso económico continuado, Keynes afirmaba que solo una intervención estatal sostenida es capaz de prevenir que se manifiesten las tendencias *intrínsecas* del sistema a la inestabilidad y al estancamiento.

Keynes murió poco después de la segunda guerra mundial, pero sus ideas ya tenían muchos seguidores y pronto el adjetivo keynesiano se convirtió en el calificativo que se aplicaba a economistas de muy diversas tendencias o que estos adoptaban. Mientras que autores como Paul Samuelson y J. R. Hicks desarrollaron las ideas de Keynes entretejiéndolas con muchas ideas clave de la ortodoxia económica anterior —en lo que luego se llamó la síntesis neoclásica—, Michal Kalecki —que vivió en Polonia hasta fallecer en 1970—, Joan Robinson, Nicholas Kaldor y otros elaboraron y desarrollaron esas ideas en una dirección “más izquierdista” —por decirlo mal y pronto—, acusando a Samuelson y a sus adláteres de practicar un keynesianismo bastardo. Incluso algunos de esos autores, como Joan Robinson, propusieron aceptar como parte de la ciencia y la ortodoxia económica algunas ideas de Marx y de la tradición socialista o comunista. El resultado fue que una mayoría de los economistas académicos que seguían la estela de Samuelson produjeron a partir de los economistas clásicos y algo de Keynes una ortodoxia neoclásica. Mientras, por otro lado, a partir de las ideas de Keynes y Kalecki mezcladas con algo de Marx surgía una especie de teoría económica izquierdista que cultivaban y desarrollaban John Kenneth Galbraith, Paul Baran, Paul M. Sweezy, Hyman

Minski y otros economistas más o menos radicales o izquierdistas, muchos de ellos cercanos en lo político al partido laborista británico, al partido demócrata estadounidense o a los partidos socialistas (herederos de la socialdemocracia) o eurocomunistas (herederos de la Tercera Internacional) de la segunda mitad del siglo XX.

Siempre hay, sin embargo, quien prefiere las ideas puras en vez de las mezclas. Entre esos estaba Milton Friedman, que consideró que las ideas de Keynes eran incompatibles con los principios básicos de la ciencia económica y que desarrolló sus ideas monetaristas, muy afines a la ideología de los partidos conservadores y liberales, criticando ya a partir de los años cincuenta el sistema keynesiano, recién convertido en nueva ortodoxia económica. A partir del monetarismo de Friedman surgieron la teoría de las expectativas racionales de Robert Lucas y otras teorías económicas como la del "ciclo real de negocios" de Edward Prescott, que eliminaron sistemáticamente los cuestionamientos de Keynes y que desplazaron de su posición hegemónica al keynesianismo académico. Frente a los planteamientos más extremos de los seguidores de Lucas, Prescott y otros economistas que afirman que los mercados siempre se autorregulan eficazmente y son eficientes, en las dos últimas décadas hubo cierta reacción en la profesión económica, en el sentido de aceptar que los mercados tienen imperfecciones y que es conveniente y necesaria cierta intervención del Estado. Esta es la corriente neoclásica que hoy domina en el *establishment* y de la que son ejemplos típicos Ben Bernanke y Gregory Mankiw. Bastante cercana a ella está la muy difusa corriente neokeynesiana, pero con fundamentos metodológicos neoclásicos, que podría considerarse continuadora de la tradición de Samuelson y en la que habría que clasificar a autores hoy famosos como Larry Summers, Paul Krugman y Joseph Stiglitz, que ocupan un espectro políticamente amplio.

Por otra parte, también hubo más de uno que, desde la izquierda, negó que las ideas de Keynes y de Marx fueran realmente compatibles, cuestionando así la otra síntesis, la keynesianomarxista (que más bien sería kaleckianomarxista), llevada a cabo por el mismo Kalecki, por Joan Robinson y por otros economistas radicales. La consecuencia de todo ello es que en las décadas más recientes los

economistas han estado divididos (y lo están incluso más tras la crisis del 2007) en una multitud de tendencias, escuelas, grupos y capillas. Una situación que da lugar a chistes como aquel de que si se pide asesoramiento económico a cuatro economistas sobre un problema de política económica, se obtendrán cinco opiniones distintas. Todo parece indicar, además, que la crisis económica de 2007-2009 abrió una crisis en la economía académica. Paul Krugman ha dicho, por ejemplo, que casi todas las contribuciones de la investigación macroeconómica en las últimas décadas son, en el mejor de los casos, inútiles, y en el peor de los casos, dañinas.

Lamentablemente, a pesar de que, a poco que se mire debajo de las alfombras de la "ciencia económica" (adornadas, eso sí, con muchos gráficos y ecuaciones matemáticas), se descubre mucha basura, las ideas e hipótesis de la "ortodoxia" económica han penetrado en otras ciencias sociales —desde la sociología hasta la geografía, la demografía, la epidemiología o la antropología— que adoptan, muchas veces de forma acrítica, las ideas de la economía estándar sobre la oferta y la demanda y "el consumidor racional", o construyen "modelos basados en el agente" y en sus expectativas racionales. También es cierto, por otra parte, que no pocos intelectuales de izquierda adoptaron variantes del marxismo, a menudo muy influidas por el marxismo estatista de los países donde había partidos comunistas en el poder. Muchos de esos autores autodefinidos como marxistas tratan los textos de los autores del panteón socialista como verdades reveladas que hay que aceptar como si fueran dogmas religiosos.

Pero volvamos a la "ciencia económica" (que no lo es) y a sus ideas sobre cómo funciona la economía. Esa supuesta ciencia está hoy profundamente escindida entre quienes piden más gasto público para estimular la economía y quienes piden recortes del gasto público para reducir la deuda nacional de los Estados. Entre los primeros están, por ejemplo, Paul Krugman, James Galbraith y Joseph Stiglitz, quienes consideran que es fundamental que los gobiernos aumenten sus inversiones y adquisiciones y den subsidios a los desempleados para aumentar el consumo y estimular la economía, evitando una "recesión con doble caída". En la posición de prudencia fiscal para reducir el déficit parece estar el grueso de

la profesión, que se muestra circunspecta por los niveles de endeudamiento público a los que se ha llegado en muchos países. Y además de moderación fiscal reclama medidas de flexibilización del mercado laboral, abaratamiento de los costos salariales y austeridad en general que, supuestamente, estimularán la inversión.

Cuando escribimos esta introducción a comienzos del 2011, el rechazo a esas políticas de austeridad ha generado ya huelgas generales en varios países europeos. En Gran Bretaña han sido los estudiantes quienes han protagonizado multitudinarias manifestaciones contra la decisión del gobierno liberal-conservador de multiplicar por tres las tarifas de matriculación en las universidades públicas. En varios países del mundo árabe la agitación social estimulada por los aumentos de precios y por la corrupción y el autoritarismo ha derribado o amenaza derribar a gobiernos dictatoriales que llevaban muchos años en el poder.

El desempleo no baja e, incluso, sigue aumentando en algunos países. Los "agujeros" en los balances de los grandes bancos y los gobiernos que los respaldan son enormes y, tras el salvamento de Irlanda por la Unión Europea, cada día se oyen rumores de bancarrota de países como Portugal, España o Italia. Pero esas economías son mucho más grandes que Grecia o Irlanda y su *default* podría llevar al hundimiento del euro, lo que implicaría una enorme conmoción financiera mundial. Todo parece anunciar que el 2011 será un año en el que los redactores de las páginas económicas, financieras y de orden público tendrán material de sobra para elaborar noticias.